

Palabras sobre la palabra

Escribe: PEDRO ACOSTA

En el instante mismo del 20 de julio de 1969 en que Neil Armstrong marcó la huella del hombre en el suelo de la luna, arreciaron las lamentaciones por la agonía de la literatura. O, si se quiere, de las letras, para el caso de querer precisar en lo escrito aquello que por sí es un infinito de creación, sutileza y adivinación, y por lo tanto imposible de amenguar con la limitación de definiciones exactas. En ese esfuerzo de aproximación se podría atribuir la agonía a esta palabra escrita, al verbo mismo, desplazado por la imagen que expandía la certeza de vida palpitante de uno a otro planeta, ante esta palabra que, apenas, sigue bautizándose en los impresos para su existencia reflexiva de la lectura. Palabra o imagen. ¿Hasta qué punto es válida esta contraposición que, al darse por excluyente, fundamenta los reclamos sobre la agonía de la literatura, del verbo, de la palabra?

Una respuesta obvia parte del espectacular efecto de demostración de un paralelo también demasiado obvio. La palabra quedaba condenada a servir únicamente para la clarividencia o el testimonio ulterior sobre ese instante en que la huella del hombre confirmaba su conquista de la luna, sueño acariciado largamente en la misma medida de su imposible. Por contraste, la imagen era más que clarividencia y testimonio. Cruzando el espacio y rebotando por los ínfimos resquicios de la atmósfera, los océanos y la tierra, nos llevaba a convivir aquel instante. Espectadores y actores a un mismo tiempo de lo sublime, sin excepción alguna todas las criaturas tomaban parte en la realización del imposible. Un sueño de siglos estaba consumado y las palabras sobrarían, y más todas aquellas que cantaron esa luna con su romántico halo inaccesible y en consecuencia una de las más atractivas encarna-

ciones de lo onírico. Y también de la sensiblería. La palabra, el verbo, se supondrían así inhabilitados bajo el polvillo selenita, mientras las huellas del astronauta le abrían a la imagen toda la rosa de los vientos de la creación.

Aún más. La letra aprisionada por el impreso comenzaba a impregnarse de cierto acartonamiento al que lo precipitaba este lenguaje visual, esencialmente dinámico, al sobrepasar cualquier dimensión, partiendo de la simultaneidad entre la acción y su narración, la profecía y la realidad, en fragmentos de minutos cuyos tránsitos se palpan como parte de la rutina. De esa simultaneidad han carecido las letras que exigen un tiempo para su gestación y otro para su creación, y otro supremo para su consagración, en vez de este trascender instantáneo del mensaje de la imagen que lo impregna del ritmo del tiempo evanescente. Lo escrito equivale a varias lejanías, incluso aquellas con su propio autor tan pronto adquiere su entidad, y la lectura, en consecuencia, a pausas y apelaciones de reflexión, frente a la imagen activa que supone borrar distancias y pausas, confundiéndolas en el impacto de lo inmediato y cercano sin instancia posible alguna.

Epitafio para la literatura en la superficie selenita, a no ser porque aquella visión le confirmaba precisamente toda su vigencia. La urgía cuando impulsaba a la búsqueda impredecible al través de la gama inagotable de los sentidos que es donde se origina la creación literaria. ¡Instante casi robado a la divinidad ofrecido a la vista atónita de tanto ser corriente! Al consagrarse el sueño, el astronauta tambalea sobre el granulado de un blanco con áurea de estupor e insólitas relencias contra el plano azul nítido del infinito cósmico. Un nítido azul del cual no había memoria. ¿Cuándo se admiró antes una totalidad tal que derribara vallas a la fantasía, con la seducción de lo palpable irreversible y las insinuaciones que emergían de su irrealdad? Es un ámbito que emplaza a la expresión literaria y que de hecho ya la ha provocado volcándola sobre un realismo tocado por leyendas de presagios o por lo fantástico que se le integra. Aquel azul sin velos, agresivo y de una perturbación de arrobamiento, se adivina por ejemplo en la fabulación de algunos latinoamericanos. Y el silencio. Omnipresente.

Al regresar de la luna, el cúmulo de interrogantes deja un inocultable margen de perplejidad que retorna a la criatura a buscar respuestas, —aquellas que por ser esenciales sólo se so-

metían a las deidades— y a la desnudez de su carne, encarándola consigo mismo, pero ahora con un cosmos cuyos secretos manosea. Casi como si se hubiera perdido aquella última apelación a interrogar las estrellas, para reencontrarse a solas consigo mismo, en el punto germinal de la creación. “En el principio era el verbo”... Bastaron aquellos pocos y exactos minutos para que pudiera descubrir que lo irreal se funde con el realismo, pues, —a fin de cuentas—, nunca existieron imbatibles fronteras entre lo craso inmediato y lo utópico, entre lo que se toca y ve y lo que se presiente en el confín del ensueño, entre el padecimiento y la elación, entre lo que el Olimpo se empeña en mantener incógnito y lo que se anhela arrancarle, ya que son una misma cosa y lo mismo que durante los siglos anticipó, creó y dominó la palabra. Con sus ángeles malditos, sus demonios atribulados o sus arcángeles apasionados.

Desde luego, poco se creyó que fuera así ateniéndose a lo superficial de la anécdota pasajera, o sea ésta que ahora desearía transferirle a la imagen la capacidad exclusiva de la creación, con prescindencia de la palabra. Y sin embargo, aquel momento fue en realidad la confirmación de la suma de esas revelaciones siempre latentes en la creación literaria. En el verbo que es su esencia. De no ser por los monosílabos del astronauta en diálogo que colmó de ecos al cosmos, esa habría sido escena carente de la sublimidad que llegó al clímax cuando los desató para encontrar definiciones cortantes, pero de plenitud poética, sobre el misterio de ese sueño circundante y vivido. Un silencio tan infinito como la quietud... Entonces, únicamente entonces, el azul del espacio pudo tomar ese cuerpo inmaculado y sin ningún tenue velo, esparcido por un vacío con linderos siempre esfumándose. También en los narradores latinoamericanos algunas veces el hombre llega a su simpleza y a la profundidad de su destino presentido, tratando de captar por qué para él aún el tiempo se resiste a comenzar a existir, abandonado a la orfandad del silencio de esa soledad imperturbable, que le es tan suya. La galería de los dictadores reencarnados por las letras es, en el fondo, ese preciso dédalo de soledades y augurios, de silencios paralizados al borde de verdades, igualmente en un constante esfumarse como el fin del vacío espacial tocado por el azul sin ningún tenue velo.

En el propio origen de este imposible acariciado por milenios está la palabra. La iluminada de los profetas y las admonitorias de los maniqueos, tanta literatura excelente o pésima que abru-

maba a la luna y sus devaneos, a su difusa lejanía, acariciando las seducciones de su posesión increíble con su ronca estela de desgarramientos o con la dulce entonación del gozo por la idealizada consumación de esa entrega suya, incesantemente esquiva. O el rondel retozón que rasga los arcanos de la luna y la noche que le pertenece, —le es inseparable en los misterios placenteros del pecado—, trenzando la complacencia de la muerte al triunfo de la coquetería. En el recuerdo fluyen, y en qué forma tan natural, los versos de León de Greiff:

*Dí, Pierrot, la serenata,
Pierrot, pálido, a la luna,
a la alba luna de plata.
.....
La luna ríe... La luna.
Y él se deshace la vida
con el espadín de plata.*

Pero, primordialmente, en el punto de partida que lleva al salto al espacio que culmina con la huella del hombre sobre su suelo, ¿no aparece acaso una expresión de inconfundible e insuperable aliento lírico? Fueron unas contadas palabras de Einstein respondiendo a alguien curioso por saber qué se proponía. “Simplemente unir tiempo y espacio”. ¿Una definición de exactitud matemática? ¿Una insinuante invitación al universo del ensueño entremezclado al de las verdades racionalizadas? Difícil hallar términos líricos similares, pero no tanto como aceptarlos apenas naturales en quien resumía las claves mismas de la creación —la utopía y la capacidad de realizarla—, que irradiaban de una mirada desde luego lánguida y en qué manera de cautivante vivacidad cuando su mano trazaba esas fórmulas irrevocables o se daba a jugar con su violín. Aquella sucesión de traviesos interludios del genio dió su marco a esa expresión que confirmaría la sentencia perenne de San Juan. En el principio era el verbo... Fue un instante de la creación literaria que terminaría por concretar el cambio de mayor profundidad en las llamadas ciencias exactas, pues se supone que en ellas no caben los multiplicados espejismos que enhebran los laberintos de lo lírico, cambio que le daría al ser humano sus alas para dominar el cosmos. Palabras que anunciaron el sueño y lo corporizaron, resumiendo aquellas tantas anteriores que eran la profecía y éstas de ahora que consagran su cumplimiento.

La creación va a una realidad que se sobrepasa eternamente hacia lo inaccesible, como lo ha sido siempre la literaria. Profetiza y da testimonio, confiere vida, en síntesis, a lo imposible. La palabra alcanzaba plenitudes justamente en ese momento en que se le atribuye el comienzo de su agonía y si algún recuerdo se asociaba, instantáneamente, a la imagen de la sucesión de huellas humanas sobre la luna, era el de palabras con calidades líricas. Las de Einstein. "Simplemente unir tiempo y espacio". Y desde lo remoto de los tiempos, las de San Juan:

"En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios.

En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres".

* * *

La letanía doliente por la literatura agónica corre pareja con las reacciones contrarias que provoca esa sucesión de huellas sobre el suelo de la luna y, ante todo, sus implicaciones. Como es lógico, un consenso incontrovertible por lo elemental, cual es la certeza de haber traspasado los umbrales de una nueva era, determina un antagonismo entre quienes le atribuyen magnitudes apocalípticas que irremediablemente arrasarán al ser humano en sus esencias de creatividad, para sojuzgarlo a la prepotencia rigurosa e impasible de una tecnología invencible, y aquellos que la saludan como un Mesías cuyo regreso liberará de lo accesorio, ofreciendo la oportunidad munífica de consagrarse a esta esencia de la creatividad. Antagonismo tan palpable que se ha simbolizado en un lugar común de visualización. La computadora voraz que engulle caravanas de esclavos, o el astronauta a cuya escafandra le ha nacido la aureola que lo transfigura seráficamente, quijotesco dueño alado del espacio sideral que se supuso el paraíso intocado de los arcángeles.

Ahora es posible que un robot manipule sofisticados complejos de instrumentos para la comunicación, aquellos que han proliferado en sustitutos de la letra, de lo escrito, y que computadoras emparentadas entre sí al través de generaciones que ya son varias, y que se identifican con nombres propios pronunciados con afecto reverencial, traduzcan, escriban, o incluso descifren muchas de las claves mismas de los secretos de lo literario. Y la televisión, o el cine, y su llamado lenguaje visual, con su

presencia ineludible por lo abrumadora... Arcángel o demonio, desde algún tiempo atrás vienen transitando por las letras, o por los intentos literarios, algunas veces con su implacable dinamismo cibernético que da su materia a la ciencia-ficción, utopía y comprobación que conjugan los tan innumerables esguinces de la narrativa o de la lírica. Y si aún se espera el tiempo para el esplendor de la nueva era, que le ofrezca ámbito propicio a obras cumbres como sucedió con la novela europea durante la burguesía —Balzac o Proust en el caso de Francia cuya cultura nos ha sido tan cara—, también es innegable la creación literaria en esta otra alborada de la humanidad, tanteando, profetizando, dando testimonio. Bastaría agregar a la copiosa narrativa de anticipo, con innumerables aciertos indudables, aquellas corrientes subterráneas de retorno a la inocencia romántica, y su irradiante contagio seductor, que en los labios de una juventud alocada y perpleja recuperaron espontáneos rasgos líricos.

Inconformidad y desconcierto como estelas del imposible inminente y enseguida realizado, abandonaron a la criatura ante interrogantes para cuya absolución no cabía la evasiva de esos arcanos que acababa de poseer. De nuevo era conquistar la esperanza mediante el ensueño, en una partida renovada y cuyo alien-to es esta voz que busca restablecer lo elemental —con un candor que se asume como reto y con orgullo—, para imponerse alcanzar una realidad que de antemano sobrepasa lo inaccesible. Esencia y proceso de la creación que, en cierta manera, resucitó al juglar. He aquí otra vez al verbo en el principio del todo...

Y he aquí, en consecuencia, el momento para la fabulación, mágica, de una irrealidad sublime que se confunde con lo que contiene de presagios lo rutinario circundante. No tanto al margen de aquellos complejos sofisticados de la tecnología, sino en las entrañas mismas de seres primigenios y diáfanos, la narrativa latinoamericana alcanza un auge de proporciones tales que casi se enseñorea solitaria en la literatura actual, justamente cuando se pretende que las huellas sobre la luna conducen al aniquilamiento de la palabra, para ser sustituida por la imagen. No deja de ser sintomático que el desconcertante progreso de sociedades que antes nos apabullaron con sus logros en las letras, saturados de un sentido universal y perenne, coincida con su replegarse a un plano secundario ante el “boom” que emerge de nuestros pueblos, a distancias infinitas de sus avances. ¿Se explicaría por

la herencia de anonadamiento que deja el monopolio de las formas científicas y tecnológicas que enrutan al género humano hacia perspectivas insospechadas? Sin ese dominio, acá la criatura puede, quizá, sentirse en el principio de la creación, en tan íntima comunión con la palabra que le es dado acariciarla y moldearla para infundirle su poder germinal, reafirmando la sentencia de San Juan que trazó en el génesis mismo un lazo sin desatadura posible entre la palabra y el Dios de la creación.

El deslumbrante aliento de nuestra narrativa que revela a cada línea las sorpresas del tejido de Penélope, que son las inquietudes supremas que gravitan alrededor del valor imperecedero de la búsqueda humana de sus destinos —y para lo cual, sin embargo, le basta con correr simplemente el velo que cubre situaciones transparentes o tenderlo con los sortilegios de la fábula—, estaría consagrándole la universalidad y su trascender consustanciales a la verdadera creación literaria. En los labios de la juventud perpleja y alocada de aquellas sociedades, va paralela, entre tanto, una juglaría a la que podría estar reservada la perpetuación de la literatura para el próximo esplendor que ya le asegura la utilización de esta imagen viva que se pretende contraponer, excluyente, a la palabra.